



El deseo de  
los accidentes **Rafael**  
**Caunedo**

El deseo  
de los  
accidentes

Rafael  
Caunedo

Ediciones Destino  
Colección Áncora y Delfín  
Volumen 1538

© Rafael Caunedo, 2021

© Editorial Planeta, S. A. (2021)  
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.  
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona  
[www.edestino.es](http://www.edestino.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: junio de 2021

ISBN: 978-84-233-5965-3  
Depósito legal: B. 7.975-2021  
Preimpresión: Realización Planeta  
Impreso por CPI (Barcelona)  
Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).  
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# Tenía miedo a parar de respirar

Estaba aturdida; justo en esos segundos en que su cerebro dudaba entre la consciencia o la placidez del desvanecimiento. El impacto había sido brutal, tanto que, en el momento del golpe, sus piernas flaquearon desconectadas del resto del cuerpo y perdieron la rigidez necesaria para mantenerla de pie. Cayó como cae la nieve acumulada en un tejado: desplomada y sin forma, casi licuada. Quedó tendida en el suelo sin apenas poder abrir los ojos, con un parpadeo espasmódico, intuyendo formas a su alrededor: bultos corriendo apresurados, movimiento de luces, colores y estelas luminiscentes. El sonido de sirenas, gritos y cánticos lejanos la confundían, rebotando en el cráneo sin poder salir, acumulando dentro de su cabeza la presión de una gran olla.

Alguien se paró a su lado, se agachó y le dijo algo. Era una voz distorsionada, parecida a la de los efectos de sonido de su teléfono. Fue incapaz de entender lo que le decía, pero sintió cómo le sujetaba la pierna doblada de mala manera y se la colocaba con delicadeza en una posición más cómoda. Era un hombre, eso seguro, parecía tener barba. Le apartó

el pelo de la cara. Estaba pegado, húmedo y enmarañado. «¿Eso es sangre?» Quiso hablar, pero no pudo.

Tenía miedo a dejar de respirar. Sentía el aire pasar por la nariz atrayendo el polvo sucio de la acera. La respiración la mantenía unida a la vida. Pensaba en ella mientras su cuerpo cobraba peso y parecía soldarse al pavimento, deshaciéndose como el alquitrán en verano.

El parpadeo fue cesando poco a poco, a medida que la consciencia se diluía entre una mezcla de dolor extremo y la voluntad de dejarse ir. De pronto hubo un movimiento de gente corriendo de manera sincronizada. Lo último que vio, o creyó ver, fue a aquel hombre ponerse en pie y levantar los brazos mientras parecía gritar. Detrás de él intuyó un caballo, no, dos, ¿o eran más? Olía a pólvora. Unas botas de montar se plantaron a su lado. Gritos, empujones, disparos. Antes de perder el conocimiento vio tres bultos con un aura amarillo chillón que se acercaban hasta ella. Creyó que eran los ángeles que venían a llevársela. Pensó que había llegado la hora y se asustó, aunque no tuvo fuerzas para pensar más. Cuando los tres médicos del SAMUR la subieron a la ambulancia ya estaba inconsciente.

## Parecía un día normal, pero no lo era

Había llegado el día.

¿Cuánto tiempo llevaba sin ponerse el despertador a las siete de la mañana? Lo sabía perfectamente y, aun así, Blanca realizó el cálculo mental: dieciséis semanas de baja maternal y cinco más por riesgo de parto prematuro. Total: cinco meses y pico, casi medio año, una barbaridad.

Amanecía en Madrid. Parecía un día normal, pero no lo era.

Tenía ganas de volver a trabajar. Echaba de menos a sus compañeros y necesitaba salir de casa y sentirse útil. No es que ser madre y cuidar de Edurne no fuera suficiente responsabilidad, pero estar veinticuatro horas al día dedicada a un bebé podía ser exasperante para una persona como ella, para un carácter como el suyo. Aun así, lo primero que hizo al levantarse fue asomarse a la cuna. Alberto, su marido, le había pedido muchas veces que aceptara la recomendación médica de procurar que el bebé durmiera en su propia habitación para que no se acostumbrara a los ruidos, incluida la respiración, que emitían sus padres justo al lado, pero ella insistía

en que ya habría tiempo. Le gustaba sentirla cerca. Oír cómo mordía el chupete.

Eduarne dormía plácidamente, bocarriba y con los brazos abiertos, con esa sensación de indiferencia de la que solo un bebé puede disfrutar, porque le importa todo un bledo. Blanca no pudo evitar agacharse y besarla en el cuello, inspirando su olor para recordarlo durante el día. Leche, saliva y sudor dulce. A Alberto, en cambio, lo miró de reojo, con un fugaz repaso al brazo desnudo que reposaba sobre el edredón; un brazo blanco, no especialmente musculado y con una leve dureza rojiza en el codo. Su despertador, escondido detrás de una pila de libros sobre la mesilla, sonaría media hora más tarde.

No estaba cansada. Al contrario, se sentía con más ánimo al saber que por fin volvía a trabajar. Los compañeros, el ajetreo y esa necesidad de formar parte de algo. Algunas amigas, madres primerizas también, le habían pronosticado un duro reingreso. «No sabes cómo lloré el día en que salí de casa. No paré hasta llegar a la oficina.» Pero Blanca no. Se duchó con prisas, desayunó de pie apoyada en la encimera de la cocina y se cepilló los dientes sin demasiado rigor, todo ello porque no quería que Eduarne se despertara. Su suegra iba a venir al cabo de un rato. Cuidaría de ella los primeros días, el tiempo que fuera necesario hasta que encontraran a alguien que se encargara de hacerlo o, si llegaba a un acuerdo con Alberto, hasta que la llevaran a una guardería.

Por fin estaba lista. Nada de maquillaje, ni una gota de perfume, ni un sutil toque de color en los la-

bios. Cero abalorios. Nada de reloj. El pelo recogido en una simple cola de caballo sujeta con una goma elástica negra que destacaba sobre sus mechas rubias. Se miró en el espejo de la entrada y se dio el visto bueno con un repaso apenas interesado. Vaqueros desgastados, zapatillas de deporte, camiseta blanca y cazadora negra de cuero; todo muy neutro, sin marcas. Después, como hacía siempre antes de salir de casa, fue hasta su habitación y abrió el último cajón de la cómoda, el único cerrado con llave. Muy despacio para no despertar a su marido y a su hija. Se giró para comprobarlo antes de sacar la cartuchera de cuero. Luego se cercioró de que la Heckler & Koch USP Compact tenía el seguro puesto y se la cargó en el hombro para ocultarla bajo la cazadora. Antes de cerrar rozó con los dedos la estampita de san Fermín que le regaló su padre el día de su comunión. Un guiño y un ruego en silencio: el mismo de cada mañana.

Sus amigas se equivocaron; no lloró nada.

Se hizo el dormido. Últimamente siempre se hacía el dormido. Aparentaba relajación absoluta con el brazo por encima del edredón, dando la espalda a Blanca y a Edurne. Había oído el despertador de su mujer y se había quedado inmóvil como un animal asustado, agazapado por la llegada inesperada de un depredador. Con los ojos cerrados, imaginaba detrás de él cada movimiento de su mujer. La podía recrear en su mente como si la estuviera viendo. La imaginaba sentada en la cama unos segundos observando

a Edurne en la cuna, inclinarse para besarla y después levantarse para dirigirle a él una mirada de reojo, una de esas miradas que solo sirven para cerciorarse de algo. Una simple comprobación. Sí, Alberto estaba allí. Aún estaba allí.

Sabía que su despertador sonaría media hora más tarde, pero llevaba unos cuantos meses despertándose antes de que se activara. Cada noche lo ponía solo por rutina, aunque tuviera la certeza de que no iba a necesitarlo. Desde la cama, metido en el papel, oía a Blanca en la ducha. La imaginó desnuda y brillante, suave y apetecible. Daría lo que fuera por enjabonarla; la espalda primero y luego todo lo demás. Todo. «Y después follármela.»

Un poco más tarde la oyó trajinar en la cocina. Llegaba olor a café hasta la habitación. «¿Me levanto?» Lo dudó el tiempo justo para no hacerlo. Blanca no tardó en volver para pasar al baño y cepillarse los dientes. Un nuevo beso a Edurne y a él ni caso. Alberto sabía que no le besaría. Ya no le besaba para despedirse. Presumió que Edurne cambiaría las cosas y que su llegada a la casa supondría un acercamiento entre ellos, una vuelta a la normalidad de los primeros años. Pero no.

Oyó la cerradura del cajón de la cómoda. Odiaba ese puto cajón. Continuaba simulando un sueño que no tenía para no ver aquella pistola, para no tener que contemplar cómo su mujer salía de casa dispuesta a jugarse la vida.

Y él allí, haciéndose el dormido.

Llegó a la comisaría con ganas, animada por el día primaveral que la acompañaba. Aparcó el coche al fondo del parking descubierto, en la zona de visitas —pronto le reasignarían su plaza habitual en el subterráneo—, a unos cien metros del edificio, y durante ese minuto de tránsito inspiró varias veces para bajar las pulsaciones. «¿A cuento de qué estoy nerviosa?», se preguntó mientras echaba en falta la nicotina a la que fue adicta hasta que se quedó embarazada. Miró la bandera, que apenas se movía en lo alto del mástil, y luego alzó la vista al edificio acristalado, de diseño moderno y funcional, en el que desde hacía dos años estaba ubicado uno de los doce grupos operativos de la Unidad de Intervención Policial de Madrid, la UIP, a la que todo el mundo seguía conociendo como «los antidisturbios».

«Vamos allá», se dijo a la vez que se colgaba del hombro la bolsa de deporte donde llevaba el uniforme.

Junto al arco de seguridad montaban guardia dos policías nacionales, muy jóvenes y sin galones, que permanecían sentados en sendas sillas de oficina. Sus botas, recién cepilladas, brillaban de puro nuevas. Aquel puesto era el destino asignado siempre a los novatos. Ninguno de los dos conocía a Blanca, así que ambos saltaron de su silla cuando vieron que aquella mujer evitaba el detector de metales, como tenía por costumbre hacer cada mañana.

—Espere, espere, espere —dijo uno de ellos plantándose frente a ella con la palma de la mano extendida.

Blanca se ahuecó la cazadora con cierta resigna-

ción para enseñar dos cosas: la placa y la Heckler & Koch. Pero el celo profesional de los novatos los obligó a hacer las comprobaciones pertinentes en su ordenador. Mientras uno tecleaba el otro se quedó junto a la visitante. Apenas habían tenido tiempo de acceder a la base de datos de la policía cuando desde el otro lado de una segunda puerta de cristal se acercó dando voces uno de los agentes más veteranos del grupo operativo.

—¡Pero, bueno, mira quién está aquí! —dijo Gerardo abriendo los brazos—. ¡Pero si es Kung Fu Panda!

Blanca sonrió al oír el mote con el que la conocían en la unidad, pero antes de dirigirse hacia su compañero pidió permiso a los novatos con un guiño.

—¿Puedo ya?

Ambos recularon al mismo tiempo y la saludaron con la marcialidad que aprendieron en la academia. Cuando Blanca y Gerardo estaban a punto de desaparecer por los pasillos de la comisaría, uno de los novatos se atrevió a preguntar:

—Sargento..., ¿por qué la llaman Kung Fu Panda?

No fue ella quien contestó.

—Parece dulce y angelical, ¿verdad? —dijo Gerardo—. Pues no te equivoques, chaval, da unas hostias como panes.

Gerardo era enorme, hasta el punto de parecer que Blanca se desvanecía bajo su abrazo. Juntos se adentraron en el edificio. A cada paso alguien se acercaba para saludarla. Cómo echaba en falta esas pal-

madras en la espalda. Era, sin duda, la protagonista de una anodina mañana. Todo eran felicitaciones y enhorabuena. Con cualquiera que se cruzaba por los pasillos tenía que detenerse para contarle lo bien que dormía Edurne, lo glotona y lo rematadamente buena que era. «Eso sí —aclaraba luego—, ya echaba de menos esto.» Lo decía abriendo los brazos e inspirando con satisfacción, como si lo que añorara de verdad fuera el aire viciado de aquel edificio que llamaban inteligente y que carecía de sistema de apertura de ventanas.

—Os echaba de menos a vosotros, cabrones.

Blanca tenía un caminar extraño, con las piernas ligeramente combas y los pies apuntando hacia dentro, no mucho, pero sí lo suficiente como para que se apreciara con una simple ojeada, de modo que las suelas de sus botas se gastaban más por la parte exterior. Jamás se la veía con falda, ni siquiera cuando tenía que arreglarse para alguna celebración, y su prenda fetiche eran los vaqueros. Era compacta, con apariencia atlética. Tenía además un exagerado movimiento de brazos que le daba un aspecto desafiante. De zancada corta pero rápida, siempre terminaba elevando el talón antes de avanzar, como si se pusiera de puntillas a cada paso, lo que provocaba que la cola de caballo tuviera un constante ritmo bailarín, igual al de un limpiaparabrisas, de hombro a hombro, que hacía que fijaras la atención en su espalda, triangulada gracias a la cartuchera y a sus trabajados dorsales.

Sabía que no era femenina, pero no le daba importancia. A su marido tampoco le molestaba, por-

que se conocían desde que compartieron pupitre en el colegio y siempre había sido así: la única niña en las clases de judo, la mejor jugando al fútbol —incluidos los chicos— y la más rápida del centro en correr los cien metros. Alguna vez oyó que la llamaban marimacho, pero nadie se atrevió a decírselo a la cara.

Aquel primer día del regreso caminaba por los pasillos de la comisaría con paso firme y seguro, sabiendo que aquel era su ambiente, el espacio donde ella se reconocía. Gerardo la puso al tanto de las novedades hasta la misma puerta de los vestuarios. Durante el trayecto Blanca se cambió varias veces la bolsa de deporte de un hombro a otro porque le molestaba la presión sobre los desentrenados trapecios.

—Me voy a cambiar y luego le haré una visita al inspector —informó antes de entrar—. Espero tener tiempo para entrenarme algo a lo largo del día. Necesito activarme de nuevo.

—Pues no sé, la verdad. Vas a tener que esperar. Creo que hay movida.

—¿En serio?

—Sí. ¿No te apetece ir al fútbol o qué? —dijo Gerardo alejándose de ella—. Tenemos una divertida tarde de Champions.

El vestuario estaba vacío. Olía a una mezcla de lejía, Reflex y detergente de limón. Se sentó en un banco de madera frente a su taquilla, con un dibujo de Kung Fu Panda en el interior, y se quedó absorta aprovechando el repentino silencio. Le reconfortó

comprobar que su nombre seguía pegado en la puerta con una cinta de DYMO: sargento Blanca Zárate. Sacó el uniforme y lo dejó desplegado sobre el banco. Lo miró y se sintió orgullosa de poder honrarlo. Se acordó de su padre, policía como ella, de quien heredó el amor por el Cuerpo, muerto en acto de servicio durante un atraco en el barrio de Salamanca. Dobló los pantalones vaqueros de mala manera y los dejó en la taquilla sin utilizar las perchas. Jamás las utilizaba, al contrario que sus compañeras. Lo mismo hizo con la camiseta, abandonada sin cuidado hasta que llegara la noche. Desdobló la camisa azul marino y comenzó a abotonarla con una sensación extraña. Algo parecía haber cambiado. El pecho le apretaba más de la cuenta, tanto que la camisa se abría entre los botones, dejando ver el blanco del sujetador. Se miró en el espejo e intentó disimularlo. No pudo, pero pensó que el jersey lo taparía todo. Había engordado, no había duda. Le costó cierto esfuerzo que los pantalones le pasaran por los muslos. Daba patadas al aire y saltaba para conseguir subirlos. Metió tripa y aguantó la respiración para abrocharse el cinturón. Después, en un gesto de coquetería que no solía tener, se giró y se miró el culo en el espejo. Estaba muy prieto, sin forma, con la tela tensa. Demasiado. Probó el aguante de las costuras haciendo un par de sentadillas y sintió cómo le oprimía en el abdomen. Por suerte, los refuerzos del uniforme le daban mucha resistencia. Se pasó una y otra vez las manos por las piernas queriendo ver con naturalidad los muslos embutidos en unos pantalones que hasta entonces le habían quedado holgados. Pensó que entraba dentro

de lo normal ganar unos kilos durante el embarazo. Y después. Nada que unas buenas sesiones de gimnasio no pudieran arreglar. «Un poco de rutina en el entrenamiento y listo.»

Necesitó deslizar el pasador del cinturón del que colgaba la pistola, los cargadores, los guantes, el spray, la porra extensible, el *walkie* y las esposas un par de agujeros más de lo acostumbrado. «Joder.» Practicó unos estiramientos frente al espejo para comprobar que, aun apretada, conservaba libertad de movimientos para no resultar torpe. En su trabajo no podía permitirse estar incómoda ni un solo segundo. Prefirió no precipitarse. «Dentro de unos días todo volverá a ser lo que era.»

Cuando su madre llegó, Alberto ya había desayunado. La abuela, encantada de poder ocuparse de su nieta, se mostraba ansiosa por empezar y atendía a las explicaciones de su hijo con máxima atención.

—Debes comprobar siempre la temperatura del biberón. Esto es importante, ¿eh?, no lo olvides.

La madre parecía anotar mentalmente cada una de las indicaciones de Alberto.

—No te preocupes —le dijo poniendo la mano en el brazo de su hijo—. Ve tranquilo a trabajar. A ti te crie solita y mira lo buen mozo que has salido.

Era una mujer maravillosa, siempre al quite, dispuesta a ayudar con tal de tener ocupada su vida, aburrida y solitaria tras la muerte de su marido. Su nieta había venido al mundo a salvarla del olvido, llegó a pensar. Se sentía útil y eso la rejuvenecía.

Cuando cuidaba a Edurne, su vida cobraba sentido.

Como cada mañana, Alberto salió de casa siguiendo la misma secuencia de rutinas: quiosco, comprar periódico, caminar hasta el metro, dos estaciones, trasbordo, cuatro estaciones más, paseíto de salida y llegada al instituto donde ejercía como profesor de historia. Hacía mucho tiempo que su vida era una inalterable secuencia de rutinas. Era tal la sincronización que no necesitaba mirar el reloj para saber en qué hora se encontraba en cada momento. Eran las 8.57 de la mañana del 12 de abril cuando subió los cinco escalones que daban acceso al recinto escolar. Entró a la vez que decenas de chicos y chicas cargados con mochilas, ninguno de los cuales parecía fijarse en él. Por los pasillos había carreras de los más rezagados. Alberto caminaba despacio, sabedor de que llegaría a su aula a la hora exacta, milimétricamente puntual. Podía utilizar el ascensor de profesores, pero siempre subía los tres pisos andando. Las manos en los bolsillos y su bolsa de cuero en bandolera apoyada en la cadera, en el mismo lugar donde su mujer cargaba una pistola.

Zancada corta, hombros ligeramente encorvados, mirada baja, esquivo e inapetente. La puerta de su clase estaba abierta. Dentro se oía el jolgorio habitual: gritos, pupitres que se desplazan, golpes... Se paró en el pasillo antes de entrar y se plantó frente al ventanal dejando que la mirada volara lejos por unos segundos, como queriendo huir de allí, aunque

solo fuera mentalmente. Vio la sierra a lo lejos, muy a lo lejos, intuyéndose difuminada por encima de los edificios. Hasta allí dejó ir casi toda su mente, dejando solo un pequeño remanente en el instituto, capaz de afrontar la jornada con suficiente decoro.

De pronto apareció una mujer joven, Kate, el único elemento que rompía las reglas de la exactitud. Pasó a su espalda, con prisa, acelerada y algo sofocada.

—Espérame para comer, ¿eh? —le dijo con su delicioso acento irlandés, mientras pasaba de largo camino de su clase.

Alberto se giró sorprendido y la vio correr por el pasillo. El pelo suelto, la camisa de cuadros, los pantalones negros de tubo, el ruido de sus botas sobre el suelo..., su culo.

—¡A las dos y cuarto! ¡Sin falta!

Y el día comienza a cobrar sentido.

El inspector jefe Montoya estaba al mando del grupo operativo del que formaba parte Blanca. Tenía su despacho en la primera planta. Era un tipo seco, poco efusivo, de esos que te dejan con la extraña sensación de no saber si te aman o te detestan. Sobre la mesa, un plato de cerámica, recuerdo de su Segovia natal, con el acueducto en relieve. En la boca, un cigarrillo mentolado de plástico. Quería dar ejemplo entre los agentes del grupo luciendo siempre un afeitado riguroso, pero nunca consiguió su objetivo. De pelo era mejor no hablarle porque nunca superó su alopecia juvenil. Rondaba los cincuenta y cinco años, lo que le otorgaba la presunción de la expe-

riencia. Por suerte para él, ya no tenía nada que demostrar, por lo que procuraba dirigir las intervenciones desde una discreta segunda línea. Era rudo hasta para dar la enhorabuena por la maternidad a una de sus policías.

Blanca golpeó la puerta y esperó a oír su permiso para entrar. Montoya odiaba a los agentes que llamaban y abrían la puerta a la vez. «¿Para qué cojones llamas si vas a entrar de cualquier manera?», se le oía bramar de vez en cuando.

Y Blanca lo sabía.

—Pase.

—Buenos días, inspector.

—Coño, Zárate, ¿ya está por aquí?

Lo último que se podía esperar del inspector jefe Montoya era una delicada frase de bienvenida. Hablar de un regalo o un detalle para el bebé era impensable. A él solo le interesaba si podía contar con un nuevo miembro en el equipo y si estaba lista para dar el callo en las calles.

—Por supuesto que lo estoy —le dijo Blanca—, dispuesta a todo. Vuelvo con ganas.

—Eso está bien, Zárate, muy bien.

Se quedó allí cerca de diez minutos, más por cortesía que por el interés de la conversación. A Montoya no se le daba bien eso de hablar, él prefería mandar. Durante ese tiempo Blanca permaneció de pie para no dar la sensación de que quería quedarse y prolongar una charla poco edificante, alternando la mirada entre su superior y el acueducto de Segovia.

—En fin, no quiero interrumpirle más. Solo he venido para decirle que vuelvo al trabajo.

—Enterado quedo entonces. Celebro que ya esté por aquí.

El inspector se levantó en un arranque de caballerosidad que sorprendió a Blanca, aunque la frase de despedida hizo que la ilusión se desvaneciera de un plumazo:

—La noto más gruesa, Zárate; procure no perder la forma.

«Ni usted la educación, soplapollas», masculló Blanca al cerrar la puerta.

El grupo operativo que dirigía el inspector jefe Montoya contaba con siete equipos, cada uno de ellos formado por seis agentes y un mando. La unidad básica operativa era el equipo, compuesto por seis agentes y un mando. Dado que el partido del Bernabéu estaba considerado como de alto riesgo, la Jefatura de Unidades de Intervención Policial había determinado la necesidad de que fueran varios los grupos de Madrid que tomaran posiciones alrededor del campo, así como que estuvieran a cargo de los aficionados más violentos desde su llegada al aeropuerto.

—¿Quién juega hoy? —preguntó Blanca mientras repasaba la colocación precisa de las espinilleras sentada en el furgón junto a otros seis compañeros.

—¿De verdad que no lo sabes?

—¿Debería saberlo?

—El Besiktas —se oyó decir a alguien por detrás—. Uno de los chungos.

Blanca resopló. No le gustaba nada el fútbol, pero por experiencia estaba al corriente de que los

hinchas turcos eran de los más violentos de Europa y de que un gran número de ellos siempre viajaba cuando lo hacía el equipo, aunque no tuvieran entrada, con lo que era fácil prever lo que podría pasar.

En el furgón iban siete agentes totalmente equipados. Seis hombres y una mujer, Blanca, una de las pocas con las que contaba la unidad. Al mando estaba el capitán Antúnez, un extremeño bajito y con muy mala leche, conocido en el entorno policial por su potente voz, capaz de hacerse oír hasta en las condiciones más bulliciosas. Iba en el asiento del copiloto, junto al conductor. Blanca se encontraba detrás de él, pensativa, en silencio, con la mirada fija en el casco que llevaba sobre las piernas. Analizaba los arañazos, marcas y rozaduras. A la mente le venían imágenes de actuaciones que le parecían muy lejanas en el tiempo, como si en ellas hubiera participado otra persona. Sirenas, detonaciones, alarmas de establecimientos con los escaparates reventados, el griterío de la masa, lluvia de botellas..., o el impacto brusco e inesperado de una piedra. Apenas parpadeaba recordando la mirada enrabiada de aquellos a los que pretendía apaciguar. O disolver. A hostias.

De repente le llegó olor a menta. A su lado estaba sentado Gerardo mascando chicle con la boca abierta. Resultaba cómico ver a un tipo tan grande, ataviado con todo tipo de protecciones rígidas y armado hasta los dientes, hacer un globo con un chicle verde.

—¿Me das uno? —le pidió Blanca.

—¿Nerviosa? —contestó Gerardo mientras buscaba el paquete en los bolsillos laterales de los pantalones.

—No exactamente. He perdido las sensaciones. Solo eso.

Varios furgones de la Policía Nacional circulaban en fila por la Castellana con las sirenas reclamando paso entre el tráfico que empezaba a colapsarse, incluidos los de las unidades de intervención, en uno de los cuales se encontraba Blanca, más aturdida que de costumbre por el ruido que se concentraba dentro de la cabina. Llegaban al campo de fútbol con tiempo de sobra para distribuirse por los alrededores sin precipitación. Además, el protocolo que había que seguir los días de partido estaba más que ensayado, así que cada agente sabía perfectamente lo que tenía que hacer. Las unidades de subsuelo ya habían realizado su trabajo a lo largo de la jornada y habían inspeccionado las galerías subterráneas de los alrededores para salvaguardar la seguridad de los ciudadanos y evitar posibles sabotajes o atentados terroristas en un acto tan multitudinario como un partido del Real Madrid en la Champions. Las unidades equinas permanecían ya en el lugar del acontecimiento, merodeando por parejas alrededor de la zona.

Blanca miraba por la ventanilla a través del cristal protegido por una malla de acero antiimpacto. Comenzaba a ver gente con banderas encaminándose hacia el estadio, la mayoría luciendo la camiseta de su equipo. Algunos los miraban desde las aceras. Aunque estaban acostumbrados a tenerlos por allí, su presencia siempre resultaba atractiva para los curiosos. Los antidisturbios se habían convertido en parte del decorado. Las aglomeraciones en los semá-

foros eran cada vez mayores. Cada vez había más gente. Más ruido. Más tensión. Más riesgo. Blanca no se dio cuenta de que mascaba el chicle con demasiada fuerza, haciendo que el masetero se marcara en cada mordida. Gerardo la miró, le puso la mano en la pierna y se acercó para susurrarle al oído: «Hoy quédate a mi lado».

En el aula había dos pizarras: la tradicional y la digital. Alberto estaba plantado frente a veintiséis chavales de primero de bachillerato, señalando en la pantalla el epígrafe de un esquema que desarrollaba con voz engolada. Hablaba sobre la revolución industrial. En su cabeza tenía estructurada la charla, medido el tiempo y calculadas las posibles preguntas que generaría entre el alumnado. Año tras año lo mismo, sin variación; tan solo cambiaban las caras de quienes le miraban. Era bueno en lo suyo; competente, decía la valoración en su expediente. Era un genio disimulando. Tenía conocimiento, experiencia y una respetable dosis de falsa improvisación, lo que contribuía a que sus clases fueran entretenidas e interesantes a la vez. Manejaba los hilos de la exposición con eficacia haciendo participar a los alumnos para que no entraran en la temida fase de letargo. Era, según los chavales, un «profe enrollado».

Pero Alberto no disfrutaba con su trabajo. Ya no. Aquel era su décimo año como profesor de historia y ya le habían advertido que le pasaría. «Lo llaman síndrome del quemado —le dijo el director del instituto cuando se incorporó al claustro de profesores—,

pero, tranquilo, todavía queda mucho para eso.» Alberto tardó diez años, mucho menos que la media.

La clase se le estaba haciendo especialmente larga. No quería mirar la hora de manera recurrente, pero por lo que llevaba de exposición calculó que el timbre estaba a punto de sonar. Repiqueteó dos minutos después.

Tres más y estaría con Kate.

Compartían mesa junto con otros tres profesores en una terraza cercana al instituto, al lado de la marquesina de la parada de un autobús en la que se anunciaba el inminente estreno de la nueva película de Paolo Sorrentino: *La juventud*. Lo hacían a diario durante los veinte minutos previos a la comida en el centro, el tiempo justo para un cigarrillo, un refrigerio y un platito de aceitunas. Siempre hablaban de trabajo, del comportamiento antisocial de algún alumno, de la soberbia de algunos padres, del sistema de promoción mal concebido desde las instancias políticas, del cambiante y poco fiable marco normativo sobre educación... Alberto y Kate escuchaban prestando la atención justa como para no parecer ausentes, aunque ambos participaban poco en la conversación. Estaban allí para parecer parte del grupo, nada más. Alberto perdió por unos instantes el hilo al dirigir la mirada hacia el cartel de la película. Una mujer de espaldas, desnuda, metiéndose en una piscina termal mientras Michael Caine y Harvey Keitel reposan en una esquina sumergidos en agua hasta el pecho. Ambos la miran. Parecen estar

en silencio, pero lo dicen todo con la mirada. Como Alberto. La mujer tiene un culo perfecto.

—Te gusta, ¿eh? —le dice Kate, rozándole el codo con el suyo.

Alberto volvió a la conversación con desgana mientras uno de los profesores contaba que había requisado dos móviles durante la mañana. Cada día lo mismo. Sacó del bolsillo un par de monedas y las dejó junto al platillo con los pipos de aceitunas.

—Voy dentro. Hoy tengo hambre.

Y Kate después.

—*Me too.*

Siempre almorzaban juntos en una mesa pequeña del comedor de profesores. Una esquinada, cerca de la ventana. El mantel era de cuadros blancos y rojos, lo que le confería al lugar un aire de *trattoria* que ni por asomo se acercaba a la realidad. Tampoco olía a masa de pizza, horno de leña o trufa con orégano. Olía a comida de colegio. A su lado, muy cerca, otra mesa con cuatro profesores que hablaban de lo mismo que los de la terraza. De fondo el barullo lejano del comedor de los alumnos.

Kate tenía veintisiete años y llevaba los cinco últimos trabajando en el colegio. Su asignatura era el inglés, su acento el irlandés, su color el verde y sus pasiones la literatura y el cine. De niña odiaba sus pecas; de mayor las exhibía. Llegó a España de Erasmus y decidió quedarse junto al sol y su luz. Era habladora y extravertida, por lo que tenía debilidad por hacer preguntas.